

La lucha silenciosa de un pueblo por su libertad

Elite.

La vida de un pueblo, ese amasar constante de risas, lágrimas y sangre de que se nutre su historia queda a merced de la interpretación de quien la cuenta, y sabemos, de tanto oírlo repetir y constatarlo, que la historia la escribe siempre el vencedor...

El tiempo, por otra parte, ese amortiguador piadoso de dolor y la alegría, ahoga los ecos del llanto y las risas para dejarnos desnudos los hechos que por sí solos no dejan de ser esqueletos descarnados, donde no se reconoce el original de la carne que los vistió y el espíritu que transitoriamente les infundió vida.

El heroico combate de las Termópilas, donde el jefe Leónidas murió al frente de los trescientos espartanos que defendían el estrecho paso contra los persas, 480 años antes de J.C. habrá quedado tan desfigurado en el relato como ha quedado cambiado por las grandes inundaciones la topografía del lugar. Sin remontarnos tanto en el tiempo, las grandes batallas de la última guerra europea quedarán retratadas de manera tan dispar, relatadas al calor de sentimientos tan distintos, que será para los historiadores venideros trabajo arduo discernir la verdad entre tanta mentira acopiada para hacer suyas todas las victorias, honrosas todas las retiradas y limpias todas las actuaciones de los dos bandos contendientes.

Este relato que tiene valor de historia, fuerza de actualidad y el calor que desprende el sentimiento de quien vive el hecho en el presente, guarda el interés de actualizar la epopeya de un pueblo muy viejo que se ha dado a conocer mejor por su pasado libre –hasta perderse en el horizonte del tiempo– que por el ocaso contemporáneo de su libertad; una institución tradicional del pueblo vasco. Por restaurarla lucha hoy, tejiendo con hilo invisible, cual hilván, una juventud que sin duda dejará a la posteridad la huella incruenta de su paso, manchada con otra tinta en sangre de su represión, señalando sin intermitencias el camino, tradicional de la libertad que su pueblo ha dejado indeleble en la historia.

El hombre

Lo hallé ocasionalmente como se tropieza con la verdad. Era un hombre de la edad en que la recomendación sabia de un dicho popular que aconseja no mojarse más arriba de la cintura había cobrado entera validez desde hacia un par de años. Más bien pequeño de estatura, ojos azules y hundidos, como si allí hubiera empujado por largo tiempo la oscuridad de una celda hasta dejar su huella; blancas la faz y las manos, de tanto preservarlas del sol; y blancos muchos pelos de su cabellera sedosa y rala, como si la preocupación hubiera acelerado en ellos el proceso de despigmentación.

La sonrisa de aquel hombre era de una ingenuidad que puede compararse con la verdad de nuestros días: amarga y rara, casi una mueca. pero el gesto dulce, teñido de timidez, de aquel hombre que hablaba sonriendo, escondía la resolución y el ánimo bravío de todo un pueblo en el trance difícil de su lucha por la libertad.

La derrota

Mi deber me halló presente en Santoña –nos dice AITZOL, por llamarle de alguna manera que no deje de decir algo muy significativo para los vascos– entre los que fiando de la palabra de los jefes del ejército italiano depositamos las armas agotadas todas las posibilidades de resistencia. En la prisión de esta antigua plaza fuerte, donde perdieron los restos del honor militar los jefes que suscribieron una promesa, fuimos objeto de vistas de juicio colectivo donde el fiscal disponía sin ninguna emoción de nuestras cabezas, mientras el jurado reclinaba las suyas sobre el respaldo de sus asientos, mantenía bajas leyendo despreocupadamente el periódico o las depositaba sobre una mano con gesto de fastidio y aburrimiento del que ve un corto de dibujos animados sin gracia.

Y el hombre dibujó una mueca en el rostro que debía guardar aun algo de la palidez con que recibió la sentencia: "MUERTE".

Sin la menor emoción, con la naturalidad con que se cumplen los cometidos más intrascendentes, el fiscal fué repitiendo el tétrico signo con que se abría una fosa 700 veces en el término de los pocos días que duró el proceso. En Santoña se cerraron algunas para siempre...

Ramontxo Azkue, Florencio Markiegi, Jose Espada y otros

Pero, providencialmente para Aitzol y otros muchos, las ejecuciones se suspendieron. La población de Santoña pidió a los ejecutantes que realizaran el traslado de los presos a otro lugar. Las tropas vascas se hicieron querer durante su permanencia en aquella plaza; ellas evitaron que fuera volada la penitenciaria del Dueso de esta población santanderina en los momentos que precedieron a su caída, y no quiso que su sangre fuera derramada en aquel suelo. En dos o tres expediciones fueron trasladados a Bilbao los 700 condenados a muerte del ejército vasco. A morir a tierra vasca iba también Aitzol...

La "saca"

– Nos pasábamos el día temiendo que llegara la noche, y la noche, más temprana y más oscura en la celda, ansiando ver la luz del nuevo día...

Y Aitzol nos hablaba de los mil ruidos que se despiertan de noche en la prisión de un condenado a muerte, la imaginación a solas con la oscuridad y el silencio roto por un

chirriar de puerta, el golpe de una ventana de la guarda suelta al viento, el triste presagio de una tos de enfermo condenado a no sanar...

La "saca", el acto de recoger los condenados que iban a cumplir su pena, se realizaba de noche. Las ejecuciones se cumplían al despuntar el día, según la ordenanza. Entre la hora de la "saca" y la que coincide con los primeros albores, el condenado cumple con los deberes para con Dios, se prepara a bien morir, si hay manera de morir bien, y da esos pequeños recados que encierran tan grande dificultad para ser transmitidos a sus familiares... En ese tiempo, el condenado muere cien, mil veces. En realidad requiere menos ánimo enfrentarse a un piquete que permanecer sin desvarío una noche en capilla.

– Sobre todo ese ruido diabólico del cerrojo!... –nos decía Aitzol con gesto indescriptible que tradujo en surcos todas las arrugas en la frente y en la cara parecían estar de casualidad... Una vez los pasos se detenían al fondo del corredor, otras frente a la puerta de la celda vecina, unas veces a la derecha, otras a la izquierda; y siempre, el cerrojo, ¡ese ruido capaz de despertar a un muerto! Nos recogíamos hundiendo la cabeza en el petate y orábamos. Aún rendidos de cansancio, permanecíamos despiertos hasta que Pepito, el ordenanza de la guardia, arrastrando piadosamente un caldero por el suelo –el mismo que servía para traer la comida de los presos a sus celdas– nos anunciara la consumación del sacrificio. Lo hacía con la solemnidad que puede caber en un niño de doce años que anda entre vivos que tienen las horas contadas y entre hombres que matan por oficio.

Esto nos tranquilizaba un tanto, ¡ya dejaron de sufrir! – En una ocasión, los pasos dejaron de sonar frente a nuestra puerta. Ruido de llaves que hicieron de mis nervios un nudo. Los de mis compañeros debieron experimentar igual sensación y callaron como yo. Adelanté la mano en la oscuridad y encontré otra donde asirme. No necesitábamos hablar ni ver para entendernos. El guardián leyó tres nombres: estrechar de manos silenciosos, apenas un minuto, y quedamos los ocupantes de la celda reducidos a la mitad, como si la otra se hubiera cambiado a la habitación vecina... El estupor o el hábito de habernos imaginado mil veces esta escena hizo el resto.

Honor a los valientes

En la prisión bilbaína de Larrínaga selló la muerte con un beso el contrato que firmó en Santoña con Irazábal, Azkárate, el navarro Amadoz, el alavés Lurgorri y otros muchos valientes que dejaron testimonios edificantes de su valor y su fe en documentos que hoy se guardan como una reliquia.

"Un saludo cariñoso en estos últimos momentos de mi vida, que le ruego haga extensivo a todos estos buenos y desgraciados amigos que también están sufriendo su calvario. Le ruego me despida con todo afecto del Presidente y buen amigo José Antonio de Aguirre. Un fuerte abrazo para todos del que en estas últimas horas se siente confortado porque muere habiendo cumplido siempre con su deber y con un cariño grande para su patria Euzkadi. Adios con un abrazo. Daniel de Irazábal". (rubricado).

La noche que precede a la ejecución escribe Azkárate: "Querido amigo: Llegó lo que tenía que llegar. Dios lo ha querido. Bendito sea Dios. no dejé de ser leal un momento y leal muero. Le incluyo una carta para mi esposa e hijas. Que los vascos tengan lo que se merecen". En el sobre donde envía algunas cartas para sus familiares y amigos se lee: "En este sobre van el carnet, la cartera, el anillo de alianza, una tarjeta que estaba escrita antes de saber que le iban a fusilar y la carta que escribió en capilla Azkárate. Todo para su señora, Doña Presentación Osuna, que vive en 39, rue Peyrohoubilles, Biarritz". El amigo de celda, condenado a muerte también, fué el depositario de estos objetos y el encargado de enviarlos a su esposa; el redactó la nota de este sobre, pensando en que otro le haría igual favor, acaso mañana...

La fuga

La escasez de la mano de obra disponible hizo que al cabo de cinco largos años de cautiverio, después de conmutarle la pena por la de prisión perpetua, Aitzol fuera destinado con sus compañeros de prisión a trabajos que realizaban bajo vigilancia militar, cumpliendo todos los demás preceptos penitenciarios.

Los reclusos construían ahora por amarga ironía una nueva prisión que debía albergar más presos. Con la avidez de quien ha soñado ser libre durante las largas veladas de encierro que han transcurrido en cinco años, el ingenio de los presos teje planes de evasión que un simple detalle no tenido en cuenta hace irrealizables, Aitzol y dos compañeros más resuelven poner en práctica uno muy sencillo, tan fácil que parece locura intentarlo...

Tres o cuatro veces a la semana llegaban unos ingenieros civiles a inspeccionar las obras. Tenían la costumbre de despojarse de sus sacos y dejarlos colgados en un lugar muy accesible a los presos, para dedicarse a su trabajo durante un par de horas.

Uno de aquellos días, los tres ingenieros abandonaban las obras apenas media hora después de haber llegado. Pasaron frente a los soldados que rodeaban el edificio, esperaron unos minutos en una parada de tranvía que quedaba a escasos metros de la puerta de entrada del edificio en construcción y regresaron a la ciudad.

Una hora más tarde se dió la voz de alarma. Los ingenieros reclamaron airados sus prendas, cuestionaron a la guardia y se emprendieron las pesquisas en la ciudad; pero Aitzol y sus compañeros hallaron refugio seguro por el momento.

La resistencia

– No vacilé un momento en unirme a mis compañeros de resistencia... Esta es la organización que encuadra a veteranos de la pasada guerra y elementos de la nueva juventud encargada de oponer una resistencia pasiva al régimen y en ocasiones, como la del 1º de mayo en Bilbao, expresar con manifestaciones públicas el espíritu de libertad que anima al pueblo.

Esta resistencia no se esconde en los montes, ni porta armas. Vive en el ánimo de cualquier ciudadano que trabaja como agricultor, metalúrgico, carpintero o peón de obras. Pero depende de una organización que cuenta con una radio clandestina, varias imprentas, medios de comunicación rápidos y en un momento determinado miles de hombres se mueven con precisión acatando una orden.

"NO VOTAR". Esta fué la consigna de la resistencia con ocasión del "Referendum", y votaron pocos, ¡tan pocos!, en el país vasco, a pesar de las amenazas, que los colegios electorales permanecieron casi desiertos.

60.000 hombres cumplieron la orden de paro el 1º de mayo del año 1943, como si se hubiera tratado de uno solo, a pesar del enorme peligro que representaba arriesgarse con un desmán de este género en territorio franquista.

Este ejército silencioso que carece de cuarteles y no lleva armas, cuenta con elementos especializados que se dedican exclusivamente de organizarlos y realizar delicadas tareas. Gestos osados, incruentos siempre, que mantienen en continua vigilancia a las autoridades del régimen. Muchos pagaron con su vida su temeridad, la de representar con actos el ánimo de resistencia que está en todos o casi todos los ciudadanos. Otros quedan en las cárceles. Los que permanecen en activo hasta que una persecución cerrada les obligue a ganar territorio francés o sean hechos prisioneros, tienen tareas que cumplir y aún no se ha dado ningún caso de deserción o incumplimiento entre sus filas.

A ellas pertenece Aitzol, quien ha trocado su prisión sin riesgo de vida por la de un pájaro libre que siempre está a tiro de escopeta, cumpliendo la más arriesgada de las misiones.

El estuvo en la voladura de la estatua de Mola en Bilbao, estaba presente en el movimiento huelguístico; en todas partes se deja oír su voz de ánimo y ofrece con su ejemplo el temple más firme de la resistencia. Cuando nos habla, cumple un deber de discreción para no extenderse y ofrecer detalles. A este hombre le han enseñado las circunstancias a ser cauto. No obstante nos habla de uno de los hechos que realiza con normalidad que casi ha llegado a constituir un hábito. El hecho ya muy conocido de la suspensión de emisiones en Radio San Sebastián, para utilizarla como vehículo de propaganda de la misma resistencia.

– Sucede en todas las fechas memorables con una regularidad que ya de antemano se espera como si fuera algo que se ha establecido en el programa. La Radio San Sebastián tiene sus estudios situados en la misma capital y las emisoras en Igueldo, en los alrededores. La estación está unida a los estudios por un simple cable que transmite hasta la difusora. No hay más que cortar este hilo para inutilizar la emisora. Todo está previsto para que nuestra emisora clandestina actúe en la misma frecuencia para interpretar el himno nacional y emitir la propaganda que mejor corresponda a las fechas que se conmemoran. Así ocurre en las grandes festividades y fechas memorables, de tal forma que nuestros compatriotas sintonizan en estas ocasiones la Radio San Sebastián con la esperanza de comprobar una vez más la eficiencia de nuestra organización y escuchar voces que les son conocidas.

– Tuvimos noticias del susto que se llevaron algunos oficiales que celebraban la fiesta de fin de año en la institución militar hípica de "Lore-Toki", cerca de San

Sebastián. Estaban esperando que sonaran las doce de la noche, las copas dispuestas para el brindis, cuando oyeron de pronto: "Aquí, Radio Euzkadi" y se iniciaron los primeros compases del himno vasco...

La captura

Aitzol habitaba una casa de vecindad bajo un nombre supuesto, armado de bigote, gafas de cristales gruesos montados sobre una gruesa armazón de carey y el pelo teñido. Nada hacía sospechar que pudiera ser descubierto.

Era un atardecer lluvioso de diciembre cuando llamaron a la puerta. Aitzol la abrió sin ninguna reserva, seguro de encontrarse frente a uno de sus compañeros, y tropezó con la policía... No pudo oponer ninguna resistencia y con mil precauciones fué conducido a Madrid. Allí pudo enterarse, por mensajes que le hicieron llegar sus amigos, que había sido objeto de una denuncia formulada con nombre supuesto. Debía tener relación con algún problema fronterizo, puesto que días más tarde emprendió viaje a Irún en compañía de dos guardias civiles. En la ciudad fronteriza con Francia debía Aitzol rendir algunas declaraciones comprometedoras...

La segunda fuga

En Alsasua, una población del trayecto cercana a Guipúzcoa, los guardias civiles se hicieron cargo de una señora que fué detenida por actividades estraperlistas o de mercado negro y debía ser conducida hasta la capital guipuzcoana por la misma pareja de guardias.

– Si sale una pareja en San Sebastián a recoger a la señora, nosotros continuaremos viaje hasta Irún para hacer entrega de usted personalmente a las autoridades –le decía uno de los guardias. De otra forma descenderemos en San Sebastián y reanudaremos viaje más tarde.

Cuando el tren llegó a la estación no había ninguna pareja de guardias esperando y la que conducía a Aitzol y la señora estraperlista bajó al andén con los dos presos. Pero en este momento llegaron los guardias encargados de conducir a la detenida y volvieron a alterarse los planes.

Uno de los guardias que debía conducir a Aitzol hizo subir a éste de nuevo al tren, mientras su compañero quedaba haciendo entrega de la señora a la pareja recién llegada. Guarda y prisionero se sentaron en uno de los compartimentos esperando reanudar viaje cuando aquél fué llamado por su compañero para firmar un documento de entrega de la estraperlista. Mientras cumplía este requisito apoyado en la ventanilla, Aitzol cambió audazmente de asiento, observó al guardia que seguía escribiendo y avanzó un poco más hacia la puerta de salida.

– Un Capitán del Ejército me miró con asombro –decía Aitzol más tarde– y creí que todo estaba perdido... No obstante, seguí avanzando sin prisas, como si buscara a alguien, y pude saltar del tren...

Así logró fugarse Aitzol de nuevo. Y otra vez sigue arriesgándose, cumpliendo el deber que se ha impuesto, este hombre de la resistencia vasca que representa el espíritu libre de su país.

Nuevo disfraz, nuevos trabajos, nuevos riesgos por la misma causa que representa la libertad de su Patria.